

Donación
V. Sánchez Molit

MARTALA



revista idealista y a destiempo del final de este siglo.



BIBLIOTECA



josé mascaraque	martala, un lloricanto de otoño
josé antonio de miguel	el paso
antonio lupiáñez	como un tigre
ángel luis c. fumanal	la «manía» dionisiaca
m.º del carmen palenzuela	pintura
maría josé navarro ortega	diario de abord del capitán meadows
josé mascaraque	divagaciones en pos de una poética
francisco castañón	poemas
vicente de diego	poemas
henri michaux	remo
rafael alfaró	tres metáforas y una antinomia en los poemas de santa teresa
jorge riechmann	meditaciones sobre m. c. escher
jesús de la hoz ortega	silverberg: futuro de la sociedad presente
nicolás vargas	el jazz, una atmósfera de insinuaciones
agustín sáiz martínez	comic

martala / director periodista: rafael alfaró / al cuidado de la edición: adolfo herrera y josé mascaraque / consejo de redacción: francisco castañón, emelina santana, mercedes benito, andrés dueñas, josé antonio de miguel, javier tarancón, elena pulgar gómez, eduardo aladro vico / consejo responsable: bernabé martín, paloma m. débora y gregorio m. perez / edita asociación juvenil martala / imprime: gráficas dehon, morera, 23, torreón de ardoz / redacción: camino de los vinateros, 81, bajo c, madrid-30 / portada y contraportada: lemaître y ancerer / sumario y pie de imprenta: antón bachvarov y pablo picasso / patrocina: fundación santa maría / depósito legal: m. 8644-1982.

MARTALA, un lloricanto de otoño

Martala deja volar libre su imaginación y desde el arco de alambres de sus letras revisa el terreno: huesudo es el paisaje, mansas las ruinas, rojos los ladrillos de las casas con demasiados sofás y pocos baúles, esquinas, errátiles panoramas, tinglados, zarandajas, gentes a la pata llana, en fin, todo un perfecto escaparate para la mejor novelaría. Ah, y mucho papel mojado, verdades de a puño, carteleras, folletines, relumbrantes multitudes vestidas a la moda y llenas de majestad, beldades mil que deslumbrarían al más pintado bereber de nuestros ancestros si no fuera porque a todas luces algo anda perniquebrado por mucho que la dama patria lo disimule, pues cómo podrá ella encubrir la pérdida de su estado de angélica pureza con afeites tan juntos y distintos —ahorita vestida de amazona, inmediatamente después con el cursi solar de una peineta, enseguida cicerona de su propia santidad, aunque, a continuación, lance la cruz a los cuatro vientos con la peor de las inquinas— pero, eso sí, siempre dispuesta a olvidar por la mañana lo que con la mayor de las calenturas prometiera la noche anterior ante un chato doblado de vino: ay, mi Dulcinea y Señora.

Desde hace ya algún tiempo muchos son los sabios que no dejan de advertirnos que la nada se extiende por el mundo, pero aquí nunca la hora es buena para encajar tales noticias, sobre todo desde que en esta tierra hispana tampoco la nada ha conseguido cambiar nada, al menos hasta ahora. Cabrá muestra mayor de nihilismo que la nada de nadie, la nada de ninguno, la nada de todos como si todo fuera nada a la manera de aquel españolillo beato que al encontrar al cura de su pueblo bañándose en una playa, naturalmente exclamara lleno de listeza: si ya decía mi padre, no se puede creer en ná, en ná de ná... Y es que a fuer de ser, como somos, la reserva de occidente con tanta tenacidad, la nada ya no puede ser para nosotros otra cosa que una circunstancia demasiado minúscula y, por eso, igual nos da cuarenta que ochenta, que truene o que apedree, bolchevique o nazi vestido de blanco o de negro,

qué más da, pues cualquier mano dura puede impartir bendiciones si el caparazón es fuerte, romo, zarzuelero, indomeñable. En fin, de menos le sirvió la cólera a un arrepentido...

Y para que no degenera el sino de esta plática, mitad ortodoxa y mitad libertaria, en correveidiles moralizantes, permítaseme aumentar por un momento el volumen de nuestra ironía con el fin de que no se nos quede en la

taza ninguna viruta aprovechable de la rebanada que queremos mojar, sobre todo cuando no deseamos estar en deuda con todas esas gentes honestas que miden con ternura infinita el altísimo costo del papel de una revista en unos tiempos en que están tan caros los sermones, las hortalezas, los trajes de domingo, las vacaciones, los nuevos modelos de esos coches con trote mulero y carnet de modernidad, en fin, el din, el don y el dan de esta filosofía de andar y no parar con la que, si no frenamos, vamos a dar con la badila en los mismísimos nudillos a todos esos pobres países que no conocen el éxtasis progresista del chateo y de la chuletada campera, la catarsis del aquí soy yo quien invita y quítese de mi vista la fiambre y el cestillo de mimbre, es decir, ese tan alto, en definitiva, almirantazgo, (con dorados botones de oro) consistente en saber ahorrar en aquello que merece verdaderamente la pena, aunque no escatimemos un céntimo, hasta dejar si fuera preciso el bolsillo disecado, en lo que es realmente importante. Ya, ya.

Si un día llegara a ser el papel más caro que una llanta o una publicación más costosa que un banquete de primera comunión, todavía Martala (ya inexistente) seguiría amando —como una obra póstuma de misericordia— la cara llana y erótica de una cuartilla como, también, su sonido, su gusto, su tacto, su visión, su olor a papel cebolla. Os confieso que estas cosas no las diría si no las hubiera aprendido de mi maestro, cuando, oh lejana infancia, él ya me enseñara que en otoño todas las hojas son un lloro, un canto a la sinceridad.

JOSE MASCARAQUE Y DIAZ-MINGO



Gustavo Doré

EL PASO

José Antonio de Miguel



Oscuridad y silencio. Ajetreo en la arena. Indómito gladiador, tu hora está llegando. Y tu corazón, renuente aún, te hace más difícil la partida, atándote con una invisible tela de nostalgia la feliz etapa que estás a punto de abandonar, y que, en realidad, constituye toda tu historia, porque tu memoria, frágil como todo lo femenino, apenas si llega a alcanzar algo más, guiada por la intuición, que, pitonisa del pasado, augura un vacío en el que apenas si cabe algo más.

Pero no es este momento de añoranzas. Tu brazo, firme escorzo de Polaroid, te saca de tu letargo. Afuera, el público jalea tu entrada (panem et vitam). No es su vida lo que está en juego, y por eso se permiten el lujo de hacer cábalas. Tal vez te interesara saber que las apuestas están 2 a 1 en tu contra.

Sin embargo, te da igual. No tienes tiempo para ocuparte de esas banalidades. El alma crispada, sabes que el paso es crucial. Por lo tanto, tus fantasmas continuarán revoloteando todavía un rato.

Mientras, tratas de rememorar cuántas veces libraste antes esta misma batalla. Y no encuentras más respuesta que el eco de tu propio pensamiento, mientras tu espíritu, una vez más, se convierte en montura del hada, que hundiéndose en su carne la espuela de la incógnita, le hace inmortal, como ordenan las viejas leyendas.

Y vuelve a tu memoria el alcázar en el que has aguardado tanto tiempo, las veces que llegaban hasta él las noticias del exterior, las tardes de

fiesta en que los trovadores cantaban tus proezas, o el primer amor, al que olvidarás con la misma facilidad que entró en tu vida.

El futuro, por el contrario, se te presenta como algo mucho menos idílico, como un confuso campo de batalla en el que tendrás que representar el papel de un guerrero solitario, y en el que tendrás que aprender a esquivar los golpes de los otros para llegar hasta el final, que, quién sabe, tal vez no sea otra cosa que franquear una nueva puerta, entrar en otro castillo, para proseguir, ¿eternamente?, la lucha que un día se te encomendará.

Comienza a clarear, y el fluorescente te da de lleno en la cara. Sientes deseos de huir. Oh, Dios, ¿a dónde?

Una capa de viscosa escarcha comienza a cubrir lo que fuiste y lo que eres. Las imágenes comienzan a nublarse, y se mezclan entre risotadas de ondinas que continúan tejiendo su tela en torno a ti.

Ya no hay más remedio. Tienes que lanzarte a ese espacio finito en el que te esperan, como única recompensa, la amarga miel del dolor.

Afianzado sólo a medias, te encomiendas a todos los dioses de tu arcano. Y tú, avezado en mil lides, sientes miedo, y un impulso reflejo te impele a gritar. Y gritas como si en ello te fuera la vida.

En la sala F de la Maternidad General el Dr. Aracama termina de secarse las manos.

—Bueno, señora, venía difícil pero ha tenido usted un niño precioso.



William Blake

COMO UN TIGRE

Antonio Lupiáñez



Al caer al suelo, sintió que nada podría hacer, que le habían humillado cabalmente. Su rival, con ojos satisfechos, miraba aquel puñado de huesos doloridos, que se confundían con el acre sabor de la tierra. Fermín Donoso hizo un esfuerzo por levantarse, pero la bota de su rival le apretaba la garganta y le impedía todo movimiento.

—Tomá —y volvió a golpear su cuerpo maltrecho— pa que no olvidés a Juambe Selmárez.

Cuando Juambe se alejó por la estrecha callejuela de tierra pisada, Fermín Donoso no olvidaría aquella enorme paliza, que luego llamaría larga como un día sin tragar mate.

Al verse tendido, medio alucinado, su primer instinto fue levantarse. Alguien lo ayudó, un borracho según creo.

—¡Maldito hijo de perra, lo mataré, te juro que esos ojos de viejo chinche no verán más la luz!

—No lo tomés así viejo, ¡cualquiera se vio como vos! Trágate tu rabia y así no más celebramos que no te hayan lisiado mi hijo.

—¡Pero aún creés que tengo estampa como pa ir derecho por este pueblo de mierda!, ¡al carajo!

La oscuridad se iba adentrando con mayor fuerza en el conjunto de cobachas de madera. El profundo vaho animal de las cuadras se te metía en la piel como el aguijón de un insecto enorme.

Tumbado en el chinchorro, cuerpo lleno de hinchazones, Fermín quería cobrarse la venganza. Su mente al fin, expuesta al tremendo cansancio y dolor de las heridas, empezó a dormitarse.

Ya amanecía, su primera idea fue la de la reñida que tuvo con el chorbo.

—Ya ves, el pejiguera empezó a insultarme y salté sobre él como un tigre.

—Ya, ya veo cómo le zurraste, respondió Leonor.

—¡Bah! sólo me magulló un poco, no fue más que eso.

—Vení Lenita vamos a echar un rato.

—Ahora no, ¡no ves que está planchando tu ropa!

—Déjalo ya, ven Leonor.

En dos segundos se enredaron como una madeja a las patas de un gato. Ella jadeaba como perra sedienta. El, envuelto en placer, retardaba su ya prometida venganza.

Cuando el sol picaba de plano, se acercó a la taberna a echar unos mates. Jacinto, el dependiente, lo miró atónito al verlo sobre sí mismo y dijo:

—Vos atento Fermín, ese viejo cuáquero te quiere castigar el estómago con su cuchillo, y yo pienso que debés invernar unos mesitos.

—Calla imbécil, a ese asqueroso cuáquero le voy a dar billete pa el infierno, pa que se tueste como una rata.

Una risa oyóse al fondo de la taberna. Detrás de unas sombras Juambe apareció con su mirada felina intentando amedrentar al público.

—¡Te voy a clavar este cuchillo bocazas!

—¡No sos más que un chulo y no tenés cojones so hijo de perra!

Donoso acertó a clavarle su cuchillo en la cara. Un largo alarido se perdió entre el aplastante calor. Volvióle a clavar el acero en el pecho y allí no más expiró. Jacinto miraba con miedo y respeto a Fermín.

Al salir Fermín a la calle vió un perro lisiado y ya por puro gusto le metió dos balazos. Riéndose histéricamente caminó hasta su chinchorro y allí tumbado siguió riéndose. Si atinás el oído aún podés seguir oyendo su risa.



Xilografías de Albino Fernández

La «manía» dionisiaca / 1



En el mítico mundo de Dionysos hay un aspecto esencial, la llamada «manía» dionisiaca, que choca a primera vista con la mentalidad moderna. El dionisismo emerge en Grecia como un movimiento muy ligado a las mujeres. La psicología femenina, y desde luego la «psique» de la mujer helénica, era en general propicia a la excitación, el desvarío, el encantamiento, el delirio, toda esa forma de locura que en griego se llama *manía*. Aquel séquito de mujeres que acompañaban

a Dionysos, recibían el nombre de Ménades (*mainades*), que es como decir más o menos «las hijas de la Manía». Pero se ha de añadir a renglón seguido que la locura báquica no fue un fenómeno exclusivo de mujeres: también aquellos hombres, a cuyo interior llamó un instante Dionysos, quedaron tocados por la manía.

Precisamente el primer desvarío citado en la literatura griega se refiere al propio Dionysos. En el Canto IV, versículo 130-ss. de la *Iliada*, relata Homero que el rey Licurgo, de Tracia, opuesto al ritual dionisiaco, persiguió en el monte Nysa a las nodrizas de Baco, el delirante (*mainomenos*). Ellas tuvieron que huir dejando caer de sus manos al niño; incluso éste, el divino Dionysos, se arrojó lloroso en el profundo mar, donde pudo hallar refugio en brazos de la nereida Tetis. En realidad Dionysos Baco se entregó a su delirio a lo largo de toda su vida. Los antiguos mitólogos (quizá porque no concebían que un dios provocara su propia «manía») atribuyen a los celos de Hera, esposa legítima de Zeus, la locura de Baco, que como hijo adulterino fue por ella perseguido. No resulta una explicación convincente. Por el contrario, la locura de Dionysos es inherente a su propia naturaleza, o, por decirlo de otra manera, es una locura innata: Su mismo madre Semele, aún embarazada, fue atacada por la manía irresistible de una frenética danza; siempre que oía el son de la flauta, entraba en trance; y el mismo Baco, aún no nacido, empezaba a bailar en su vientre. ¿Dionysos Baco, un dios loco? Al menos un dios que hizo de la manía —un cierto tipo de locura— la expresión genuina de lo que él simbolizaba en medio del mundo.

Pero, ¿cómo es, en su esencia más íntima, esa locura de la que Dionysos contagia? ¿A qué nuevos mundos conduce el desvarío que subvierte las conciencias de cuantos a él se aproximan? Conoceremos al «maniático» Dionysos, si conocemos a sus discípulos: a las ninfas del Nysa, a las Ménades, a las mujeres que le siguieron en Argos y en Tebas, a los sátiros y a las bacantes, a todo ese cortejo de terrestres que llegaron a ser lo que fueron sólo porque así había sido su dios antes que ellos. La imitación de Dionysos fue para sus discípulos el criterio verdadero y la esencia de la «manía» dionisiaca.

Llegado ya a la juventud, Dionysos empieza a recorrer el largo y penoso camino por donde va sembrando su ejemplo. Las ninfas y los sátiros del monte Nysa representan a los que estaban en buena disposición para aceptar su llamada: seres ctónicos (griego, *chthon*: «tierra») nacidos en contacto con la madre tierra. Para ellos el hijo de Semele, el nacido de mujer y el nacido de la Tierra, venía a restaurar aquella dorada Edad en que había reinado Saturno, el titán Cronos, cuando los hombres vivían con espontaneidad de los frutos silvestres y comían junto

a los dioses. Pero no todo el mundo estaba dispuesto a acoger a Dionysos. Abandonado ya el Nysa, camino de la patria Tebas, aparece Dionysos junto a la orilla del terso mar en la figura de un joven varón, aún en su primera adolescencia. Una nave de la isla de Lemnos recoge al joven Dionysos. Pero sus tripulantes, piratas tirrenos, no acataron la presencia del hijo de Semele y quisieron dominarlo con terribles ligaduras. Pero no les fue posible contener el poder de Dionysos.

Pronto ante sus ojos sucedieron grandes prodigios: por el mástil empezó a trepar una yedra cuajada de flores y por toda la nave pendieron guirnaldas. Dionysos rugió como león y los piratas saltaron al mar, donde quedaron convertidos en delfines. Tampoco las hijas de Minias, rey de Orcómenos (ciudad vecina de Tebas), quisieron recibir a Dionysos. Cuando ya otras mujeres beocias habían acatado los cultos báquicos, las Miniades seguían tejiendo en sus casas, ansiosas de conseguir marido. Por encima del montante de las puertas penetró una cascada de yedra, que, invadiéndolo todo, cubrió sus telares de espesura. La yedra, que trepa por las paredes de la ciudad hasta entrar en los hogares y rompe los límites que separan la civilización de la naturaleza salvaje, se convirtió en la mata preferida de Dionysos —Apolo tiene el laurel, Afrodita tiene el mirto—; por eso y por su poder excitante, solían colocar las Ménades un ramo de yedra sobre el extremo de la caña ritual.

En el mito dionisiaco la aparición de la yedra actúa como señal de partida hacia los espacios salvajes, donde Dionysos habita. Los marineros tirrenos, acosados por los signos del poder dionisiaco, abandonaron la nave: Hesíodo había considerado castigo de Zeus en la Edad de Hierro al oneroso comercio marítimo: «Nunca a los hombres de rectas sentencias acosa el hambre (...), ni viajan en naves, pues la tierra les ofrece abundantes mieses» (*Trabajos*, 236). También las Miniades abandonaron sus talleres y salieron a vivir en las montañas y parajes solitarios, morada preferida de las ninfas y de los dioses ctónicos. Al llegar Dionysos a Tebas, las hijas de Cadmo, y entre ellas la misma Agave, madre del rey Penteo, abandonaron sus palacios. En el monte Citerón se consagraron a Dionysos como «ménades» rituales; lo mismo hacen en Argos las hijas de Proitos, y sobre el Parnaso las Thyiades. Nada puede impedir que los que siguen a Baco encuentren su libertad en los espacios abiertos. Igual que Dionysos escapó a las asechanzas de Hera y rompió las ligaduras que le tendían piratas tirrenos, logran fácilmente liberarse las Ménades y los sátiros que cayeron prisioneros de Licurgo. Los grilletes caen por sí solos y las puertas se abren en el palacio de Tebas; las bacantes escapan a las montañas junto a las hijas de Cadmo. Allí la naturaleza silvestre da generosa sus frutos: torrentes de leche y miel y ríos de vino manan de la tierra madre, al ser golpeada con la caña ritual o *tirso* de las bacantes. Sófocles nos cuenta que la viña dedicada a Baco en Delfos reverdecía una mañana, daba racimos a mediodía, por la tarde el fruto estaba ya maduro, al anochecer se cortaba la uva y, pisada en el lagar, producía suave mosto.

La concordia que inaugura Dionysos con el mundo salvaje es total. El dios se transforma en cabrito, en león



o en oso, y, sobre todo, en Toro. Sus fieles se postran ante él, cuando aparece «con pie bovino». Los seguidores de Dionysos se funden con la naturaleza salvaje y, llegado el momento del encantamiento supremo, no hay ya fronteras entre los hombres y las fieras; sátiros y centauros son representados como seres que pertenecen a un tiempo al reino animal y al humano; las ménades ofrecen a los cachorros salvajes sus pechos rebosantes de leche, aun antes que a sus propios hijos. En la celebración dionisiaca hombres y mujeres se disfrazan de bestias: los hombres del ditirambo colocan sobre su espalda lanas de macho cabrío; las ménades se ciñen a la cintura moteadas pieles de cervatilla o de terrible pantera.

En las laderas del monte Olimpo, el poeta tracio Orfeo amansaba con su cítara a las fieras. En el idílico cuadro del menadismo que Eurípides nos pinta en «Las Bacantes» sigue una fase dinámica en la que Dionysos, el nacido entre rayos, impulsa a las ménades a participar de su naturaleza estruendosa, por la que recibe el nombre de «Bromios»: «Y ellas, en la hora señalada, agitaron rítmicamente su tirso, y a Bromio, el hijo de Zeus, invocaron al unísono; y todo el monte se puso a danzar con ellas, y las fieras; nada se quedó inmóvil y sin contagio» (v. 724-ss.). La Música acompaña a Dionysos desde su entrada misma en el mundo. Y aun desde antes: las mujeres que rozaban el vientre preñado de Semele no podían evitar la danza. El canto, la danza y el son de los instrumentos son inseparables del cortejo de Dionysos. Cuando Dionysos decide abandonar la ciudad de Tebas, encuentra refugio entre las Musas; ellas salieron a recibirle con canciones; pero, si hemos de creer al poeta latino Horacio (Odas, II, 19), muy pronto el propio Dionysos instruyó a las Musas mismas en el canto. Los vasos cerámicos griegos nos ilustran sobre el modo de ejecutar la danza báquica: con el torso bien recto y la espalda inclinada atrás, se sacude a ambos lados la cabeza agitando la cabellera. A alcanzar el clímax de excitación contribuyen los típicos instrumentos báquicos, sobre todo el pandero y la flauta frigia. «La zampoña —dice el poeta Esquilo— invita a la manía.» Cuando la música ya es delirio, la palabra se vuelve inconexa y de la boca de los que están en trance sólo salen los gritos rituales —«io, io» y «euoé»—, por los que Dionysos recibe los sobrenombres de Iacchos y Evio. El coro de la Tragedia griega se convirtió en la expresión más sublime de la Música dionisiaca.

Y, ¡qué cerca está Afrodita de allí donde suena la música! Penteo, el rey de Tebas, se queja de que Dionysos llega a la ciudad llevando las «oscuras» gracias de Afrodita. Sus temores con respecto a las livianas intenciones de sus hijas no se cumplen. Pero, si Dionysos es en ciertos aspectos un ser «andrógino», en los bosques los sátiros no dejan de perseguir a las ninfas... El coro de Las Bacantes no puede contener tampoco la expresión de un íntimo deseo: «Pueda yo llegar un día a Chipre, la isla de Afrodita, donde pacen los Amores, que encantan el alma de los mortales» (vv. 402-ss.).

La larga marcha de Dionysos tuvo como meta la India. Cual futuro Alejandro Magno, llegó hasta allí en son de conquista. ¿Cuáles eran sus armas? El hijo de Semele.

amaba la paz, «que trae a su lado la Felicidad, diosa que cría a los jóvenes» (Bacantes, 420). A la India condujo Dionysos un ejército de ménades, de ninfas y de sátiros. Para asombro de los hindúes, los guerreros de Dionysos aparecieron ante sus ojos con un género insólito de armas: flautas, panderos, silbatos y campanillas. Con ese pacífico ejército el culto dionisiaco se extiende por la India. Ares cede ante Dionysos: Cuando las bacantes de Tebas en el monte Citerón son acosadas por los pastores del rey Penteo, la lucha es inevitable según nos dice Eurípides: «Ellos lanzaban sus dardos al cuerpo de las mujeres, pero a ellas ni una gota de sangre les salía...; pero si ellas los tocaban con sus tirso, era como si hirieran; y así los ponían en fuga, mujeres a hombres» (vv. 761-ss.).

En tiempos del titán Cronos, los hombres gozaban de larga vida; se mantenían como niños a lo largo de todos sus días «lejos de la vejez miserable», «y morían como por el sueño domados» (HESÍODO, Trab. 113-115). Entonces eran amigos el hombre y la serpiente. Por eso, cuando una serpiente lamía las mejillas de las ménades, Dionysos estaba restaurando la Edad de Oro. Fue precisamente Zeus quien, al comenzar su reinado, dio negro veneno a las serpientes. El poema babilónico de Gilga-

mesh, más antiguo que el Génesis, dice que la serpiente engañó al hombre y, robándole una planta que daba vida perenne, logró para sí la inmortalidad que hasta entonces poseía nuestra especie. Los devotos de Dionysos en algunas ceremonias manipulaban todo género de serpientes, extasiados, libres de miedo, convencidos de lograr así una larga vida. Es posible que hubieran heredado tal convicción de los semitas: según un antiguo escritor fenicio, la serpiente no perece nunca de muerte natural, pues muda cada año la piel, manteniéndose en eterna juventud. Pero los hombres, engañados por la serpiente, han de morir y dejar el puesto a su descendencia. Sólo los hombres ctónicos, que tenían medio cuerpo de serpiente, gozaban de vida perenne: Cadmo, el abuelo de Baco, por haber aceptado sus ritos, fue trocado en serpiente y, junto a su esposa Harmonía, fue trasladado a la tierra de los bienaventurados. Una cierta tradición decía que Dionysos, el hijo de Semele, fue mortal; todavía en época histórica reciente, su tumba era venerada en Delfos. Según otra tradición, Dionysos nunca murió: Solamente bajó al

Hades a recoger a su madre, con la que alcanzó vida inmortal y el sobrenombre de Thyoneo. Por eso no es de extrañar que los órficos identificaran con Dionysos al dios Zagreo, oscura divinidad a la que Zeus, metamorfoseado en serpiente, concibió incestuosamente de su hija Proserpina («la que reptaba como una sierpe»).

¿Choca la manía dionisiaca con la mentalidad moderna tan fuertemente como podía parecer a simple vista? Si la «manía» que Baco inculca en los corazones es naturaleza pura, Música, paz y esperanza de vida, entonces su mensaje es buena nueva. Pero, ¿no hemos visto solamente el rostro alegre de la locura? Entre las manos de Baco puede haber una copa de vino amargo... Y delante de la cara de Dionysos hay también una máscara trágica.

Angel Luis C. FUMANAL



STATUA DI BACCO, scolpita da MICHELANGELO BUNARROTTI NELLA VITA ETÀ DI XXVIII ANNI.
In Firenze, nella Galleria dei Principi.
Nella "Stanza di Piero" del Palazzo Mediceo, a Firenze, nella Sala con Bracci, della Sala di Piero.

María del Carmen Palenzuela



Aguarda pacientemente en la antesala del Arte tratando de domar en incesante trabajo líneas, sombras y colores, dando vida y recreando objetos aprisionados, inertes en el desván de los recuerdos de cualquier existencia gris y desvaída.

Renuncia a la pretensión prometeica de lo definitivo y logrado y acepta la posición ancilar, oferente con la que el artista novel se acerca al contemplador.

Así los colores de esta joven artista se desvanecen en gamas pálidas y suaves que incitan a una plácida y sossegada intimidad.

Su arte es una inagotable manifestación lúdica, sin otra intención ni pretensiones.

Nace en Alcalá de Henares hace veintiún años y cursa actualmente 4.º curso de Geografía e Historia en la Universidad Complutense.

E. PALENZUELA

HEMEROTECA



BPM Cardenal Cisneros

Diario de abordo del capitán W. C. Meadows



Domingo 4,11.31. Estuve ayer en los arrecifes. Hay algo o alguien allí que quiere llamar mi atención. El martes ya me pareció notar su indicio, pero no estaba seguro, fue sólo un fugaz reflejo de una señal que se movía, pero esta vez su destello me recordó inmediatamente la imagen de alguien que observa sin ser visto y huye rápidamente cuando le descubren. Todo esto no es mera elucubración mía, tengo la incómoda sensación de que tanto esta imagen, como la pasada necesidad de regresar a los arrecifes, han sido de alguna manera implantadas en mi cerebro por ese algo o alguien que se esconde en el coral y que está esperándome. Sé que tengo que volver allí, pero esta vez, tengo que ir solo.

Miércoles 7,23-34. Todo salió bien de nuevo. Excepto por el sueño atrasado que atesoro, realizo mis funciones profesionales con normalidad y nadie sospecha que tenga una amante acuática o que vaya a verla todas las noches durante una hora. Una hora de felicidad. Resulta extraño encontrar la felicidad a los cuarenta años, pero mucho más extraño es hallarla en las profundidades del océano. Paso la mitad del día recordando el momento en que estuve con ella y la otra mitad saboreando por anticipado el próximo encuentro. Sé que estoy viviendo un sueño, pero no quiero despertar, sería demasiado doloroso.

Jueves 8,11.42. Hasta hoy había sido suficiente con disfrutar de la mutua compañía, sentirnos bien juntos. Nos hemos comunicado, pero con una comunicación basada en imágenes, sin abordar ningún tema concreto, y había un asunto que abordar, nuestro futuro. Algún día tenía que surgir, y surgió anoche. Es difícil siquiera imaginarse cómo podría ser una existencia continuada entre los dos, aunque ella se esforzó por ofrecerme imágenes de sitios donde tal existencia sería factible, imágenes de islas paradisíacas con lagos de aguas cristalinas comunicados con el mar, lugares desconocidos por los hombres donde la vida transcurre plácidamente y donde podríamos ser felices, pero hay algo que falla y ella lo sabe. Sabía que esto no podía continuar indefinidamente, y ella ha descubierto que tengo miedo de dar el siguiente paso, sabe que yo también lo sé. El tiempo pasó hoy con demasiada rapidez, y esta noche continuaremos hablando aunque dudo que sirva de algo.

Sábado 10,23.47. Los dos sabíamos ya lo que íbamos a decir cuando nos reunimos por última vez. Mientras yo escribo esto, ella está esperándome en el coral, y esperará durante toda la noche inútilmente, porque sé que no voy a ir, y sé que me arrepentiré de no haber ido durante el resto de mi vida. He solicitado mis dos meses de vacaciones y mañana me iré de aquí.

Domingo 11,12.26. Estoy en el barco de aprovisionamiento rumbo a Nukualofa. Hablé con Al sobre cubierta, poco antes de que regresara a la burbuja. Me comentó que se había cruzado con una manada de delfines. Una de las hembras emitía los sonidos característicos de profundo dolor por la pérdida de su compañero.

... a las 12.44 adelantamos a una manada de delfines que iban en nuestra misma dirección. Nada más verlos, uno de los hombres que estaba en el puente saltó por la borda cayendo al agua. Antes de que hubiera tiempo de arriar un bote, uno de los delfines se separó de la manada y se reunió con él: el hombre montó a la grupa del delfín y ambos se alejaron rápidamente. El hombre resultó ser...

MARIA JOSE NAVARRO ORTEGA

Divagaciones en pos de una poética

Quien pega, por un simple alfilerazo, con sus nudillos contra la pared armando más ruido que mil espadas en una batalla campal, di conmigo que no sería capaz de vender un comino en la Plaza Mayor ni, acaso, un pimiento. Quienes, como nosotros, llegan al sùmmum de sus atrevimientos editando un folleto —ni concienzudo, ni persuasivo, ni mordaz, ni duradero— es porque su malicia no rebasa lo que a un cateto le costaría una chuchería en la Puerta del Sol. Y si, a medio paso de darse por vencido, a pesar de todo se persevera —en esto, en lo otro o en aquello— no pienses en estafas ni en cosas de mayor solicitud, sino, simplemente, en que el espíritu ha tomado la delantera al desfallecimiento abriéndonos paso al más grande de los simulacros: el lirismo que no es molicié ni perifollo ni gazmoñería ni incauto vaticinio, sino una destartalada manera de ver la vida —o de escribirla— con la misma pereza o desdén con que unas uvas pasas se resisten al color de las uvas pasas, pues, a fin de cuentas, lo que vive es hijo de lo que murió, es decir, rotundo excremento o —quién lo sabe— sacramento de lo sagrado, despojo, languidez, fugacidad, litoral de un límite que nace y muere en el misterio con misterio lento.

Como el otoño, volandero, decepcionado, burlador, acomodaticio; como un sacerdote sin culto, andarín, advenedizo, espurio, asequible; como el último dragón de nuestra infancia, de cartón piedra, amaestrado, descomunal, despintado; como una palmatoria carbonizada, como un rostro rugoso, como un catafalco, como un estanque sediento: como un poeta, con su carrusel de palabras y muñecos articulados, con sus avejentadas imágenes y enterratorias metáforas, en fin, con su sepelio de bellezas. Y es que el otoño es el plumero tosedor que todo lo limpia y todo lo alfombra, que desnuda y que recubre, que embarulla y que desocupa y que, como un cubresenos, adorna y desviste a la vida pasajera, vana y ritual con danza frenética y obscena por lo que tiene de chanza fanática de la muerte: como la poesía cuando, entre todos los colores, ama la lentitud otoñal del sepia.

JOSE MASCARAQUE

HEMEROTECA

trópico de géminis

Imaginar su espalda secreta o prisionera
a las alhajas de un saurio hundido —delicioso
vértigo— entre la cicatriz reciente del champagne.
Sería, así, amar una muerte acurrucada
que tras seductor mutismo en alborotado desaire se inscribiera
ante el más expugnable aliento del vacío. Soberanamente
roto por un vals discolo y triunfal
sobre toda graciosa plenitud de mi sueño.

décolleté

Convoqué alzadamente su cuerpo
—poseído por magnolias desveladas
al rocío ritual—
y ahora endrinas aves susurran
aquella fragancia irredimible
cual femenino latir que tras de sí se desvanece
entre el perlado vuelo del beso conspirado.

BPM Cardenal Cisneros

HEMIEROTECA

*besásteis aquella rosa de arena
y en mí os hice fantasía, decorada evocación,
sujeta elegancia genealógica*

Antiquísimo compuse tu arquitectura digital
—dolménico sudor o derramado escalofrío
que yo extrajera a los apriscos errabundos del medievo—
cuando vos, quizá en apócope ballet
danzárais —impar—
sobre lácteos manteles cual flébil glase
y delineabas como alhambra amatista
tus mejillas.

Solemne vertiste a contraluz algún virgíneo,
gentil devaneo perennal que se hiciera declinar
inconciliable en vuestro vientre.
¡Súbdito aliado!, ¡candorosa ilusión
de rugientes hombros de alisio, donde quebradizas
ruralías desterrasen fugaces
aquella salvaje, sublime belleza presentida!

Devolvedme entonces mi alámbrica virtud
encubierta por dos labios sabiamente
tropezados tras de ti, pasajera maleza,
brillante dama que restallas toda
en mineral fragilidad,
oh bohemia, canora dulzura si se disuelve
junto a sístoles proféticos, casi en vilo,
cuando ella preside sin memoria.

¡Oh!, sí, devuelto infortunio,
blandid ya tan celestes vestiduras
descubriendo cómo impregna la diminuta hacha del placer
nuestro aúlico deseo de azahar,
palmo a palmo circunscrito. Besable
soplo pendiente desprendió un coral encendido
bajo salamandras precoces,
mientras ese rostro velador y doliente reanimaba difusa
—amable angustia— esa ilustre tristeza sorpresiva
y robara en delicias un secreto al silencio.

F. J. CASTAÑON

HEMEROTECA



Barcarola tersamente exenta
viral en estos puertos de náyade las ánimas procurasen su esbeltez mínima

submarinas
aquellas ansias donde leda al facistol se quiebra

metacárpica breve sísmica solar
del torso invadidas enaguas tu sirena

te brotaría en una noche de hilanderas tus márgenes más íntimas

con todo exento diván
desvestirte de un sorbo fatal aquellas ánforas

o la desazón
cuando en tu labio fuérame posible de tan eximios lis verterme

Tres Metaforas y una Aliteración
en los poemas de Santa Teresa

HEMEROOTECA

una levitación
un cálculo genialmente inverso

aquella posición verical de no morirse

violada alquimia de aguamar

o que todo pajarillo hubiera una aproximación
ya mínima hacia tu encuentro fin.

Manuscrito orballo cuando de niño mi tristeza
habitábase audaz en las cornisas

cupida
estrictamente doncella inclemencia que atrora se amaban

y qué proscrito mandamiento
se nos caería por pedestres que todavía éramos

allá
desacordados de un árbol de caústica herramienta

muchas épocas antes de prohibírsete delicadísima ninfa
innecesaria por entonces aquella otra matemática
para mimarte

hilillo doliente de incensario
mínimo ya su aleteo prescindible

aquella gárgola crepuscular
que rarísima mi pájaro atestole de magias la pirueta

toda oblicua necesidad de renacerte

VICENTE DE DIEGO

Henri Michaux

(Traducción de Jorge Riechmann.)

HEMEROTECA

REMO

He maldecido tu frente tu vientre tu vida
He maldecido las calles que tu vagar elige
Los objetos asidos por tu mano
He maldecido el interior de tus sueños
He puesto un charco en tu ojo que ya no ve
Un insecto en tu oído que ya no oye
Una esponja en tu cerebro que ya no
[entiende nada]

Te he enfriado el alma del cuerpo
He congelado tu vida profunda
El aire que respiras te ahoga
Ese aire que respiras parece de sótano
Es un aire que ya ha sido espirado
Expulsado por hienas
Nadie puede respirar el estiércol de ese aire
Tu piel está empapada
Suda el agua del pánico
De tus sobacos se desprende un penetrante
[olor a cripta]

Los animales se paran cuando pasas
Los perros aúllan levantando la cabeza hacia
tu casa, cada noche

No puedes huir
No te queda en los pies ni la fuerza de una
[hormiga]

El cansancio hunde una raíz de plomo en tu
[cuerpo]

Tu cansancio es una larga caravana
Tu cansancio llega hasta la tierra de Nan
Tu cansancio es indecible

Tu boca te muerde
Tus uñas te arañan
Ya no es tuya tu mujer
Ya no es tuyo tu hermano
Cuyo pie muerde una serpiente furiosa

Hemos escupido sobre tu progenie
Hemos escarnecido la risa de tu hijita
Hemos ido a insultar el rostro de tu morada

El mundo se aleja de ti

Yo remo

Remo

Remo contra tu vida

Remo

Me multiplico en innumerables remeros
Para remar con más fuerza contra ti

Te hundes en el vacío

Estás sin aliento

Agotado antes de hacer el menor esfuerzo

Remo

Remo

Remo

Te vas, borracho, atado a la cola de un mulo
La embriaguez como un inmenso parasol que
[nubla el cielo]

Y atrae a las moscas

La vertiginosa embriaguez de los canales
[semicirculares]

Comienzo inadvertido de la hemiplejía

La embriaguez ya no te suelta

Te tumba a la izquierda

Te tumba a la derecha

Te tumba en el suelo pedregoso del camino

Yo remo

Remo

Remo contra tus días

En la casa de tu sufrimiento entras

Yo remo

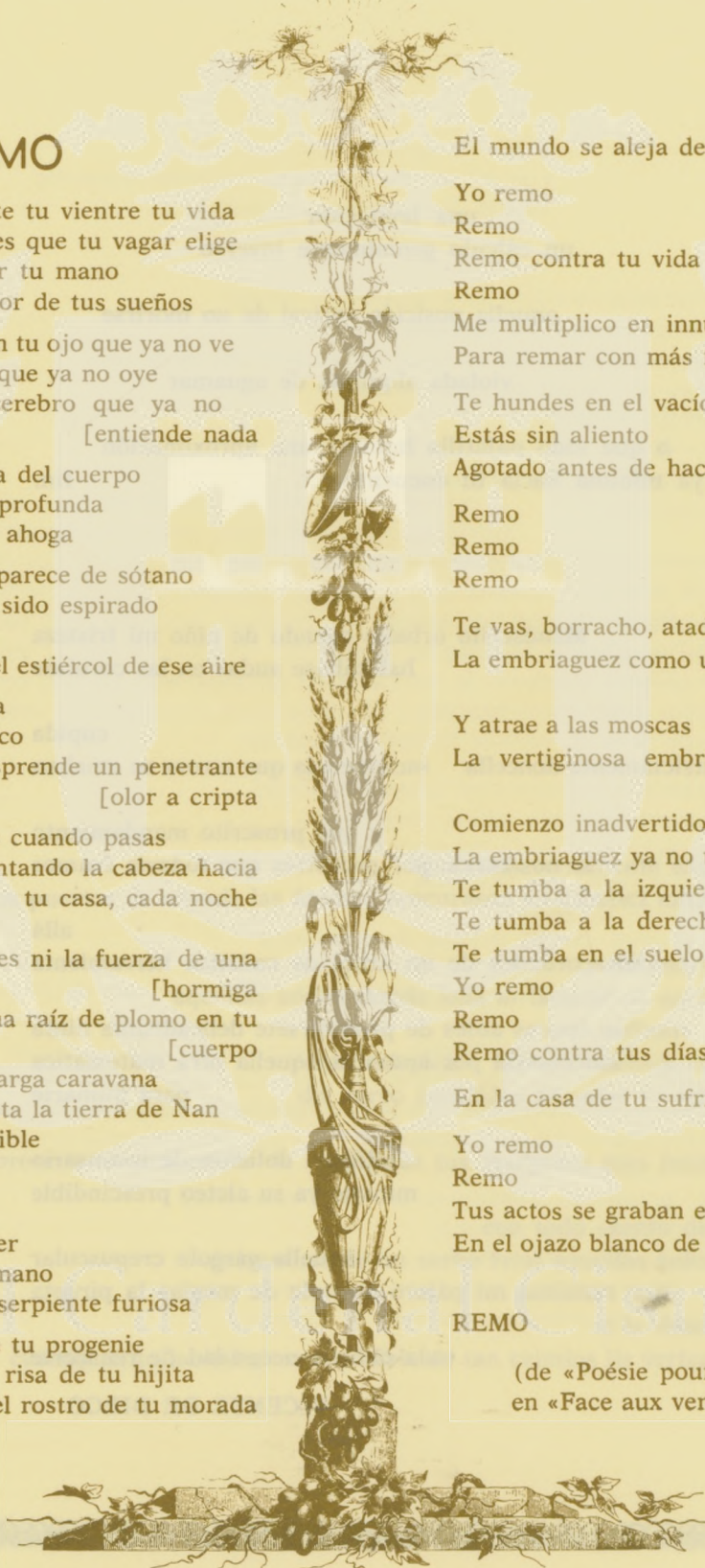
Remo

Tus actos se graban en una venda negra

En el ojazo blanco de un caballo tuerto corre
[tu futuro]

REMO

(de «Poésie pour pouvoir»,
en «Face aux verrous», Gallimard, 1967)



Tres Metáforas y una Antinomia en los poemas de Santa Teresa

Acabo de releer los poemillas de Santa Teresa. Su biógrafo nos dice que la Madre compuso infinitos versos, todos ellos sin pretensiones literarias. «Nacían del fuego del amor de Dios que en sí tenía», y eran, en su mayoría, ocasionales: «los hacía para salpicar de sonrisas la vida monótona de sus conventos o el cansancio en los viajes de fundadora». Sor María de San José cuenta en sus «Recreaciones» que «todo se pasaba riendo y componiendo romances y coplas de todos los sucesos que nos acontecían de que nuestra Santa gustaba extrañamente».

En total, se conservan unos treinta y dos poemas de la Santa, todos menos uno de arte menor. Menéndez y Pelayo dice de ellos: «Son el más perfecto dechado de apacible discreto que aprendieron de los trovadores palacianos del siglo XV algunos poetas devotos del siglo XVI». Ello nos demuestra que la Santa abulense conocía los cancioneros de los trovadores del siglo XV y los romances de la misma manera que los libros de caballerías, a los que era muy aficionada, según ella misma nos cuenta en el Libro de su vida.

Pero su destreza versificadora la lleva a expresar algunas de sus experiencias místicas y sus sentimientos de devoción, logrando así una poesía popular de estilo gracioso y desenvuelto. Nunca pretendió hacer una poesía lírica de altos vuelos. Y, sin embargo, nos dejó unos cuantos poemas de gran contenido místico, dentro de la máxima sencillez. Ahí reside su profundidad y su encanto. Algo semejante ocurrió con sus obras en prosa.

No pretendo hacer un estudio de su poesía. Pero dentro de los límites de este artículo quiero señalar las tres metáforas y la antinomia que me han llamado la atención en esta lectura de su obra poética. Podría haberme fijado en otras. Sirvan estas tres a modo de ejemplo, ya que la Santa nunca solía hablar o escribir sin acudir a imágenes y comparaciones. Su misma obra capital «El Castillo interior» o «Las Moradas» es una imagen grandiosa de su concepción de la vida cristiana. Las metáforas a que me refiero son: la flecha, el nudo y la pintura. La escritora se sirve de ellas para expresar su experiencia mística y poética.

La flecha:

«Cuando el dulce Cazador / me tiró y dejó herida, / en los brazos del Amor / mi alma quedó rendida; / y cobrando nueva vida / de tal manera he trocado / que mi Amado es para mí / y yo soy para mi Amado. / Hirióme con una flecha / enherbolada de amor / y mi alma quedó hecha / una con su Criador...»

La imagen del dardo encendido cobra cuerpo de alegoría a lo largo de todo el poema. La llama prende en el alma de la Santa y queda fundida en el fuego de su Creador. El poema, sencillísimo en su factura de canción es profundísimo en su significado. Nos recuerda el fenómeno místico de la transverberación que la misma Santa nos narra bellísimamente en el Libro de su vida. La metáfora es gráfica y nos traduce con claridad el proceso místico. Nos hace comprensible esa realidad inefable, tremendamente inefable.

El nudo:

«¡Oh, nudo que así juntáis / dos cosas tan desiguales! / No sé por qué os desatáis / pues atado fuerza dais / a tener por bien los males. / Juntáis quien no tiene ser / con el Ser que no se acaba...»

Otra vez, el nudo, el lazo, el vínculo... son las imágenes que le sirven para expresar gráficamente lo que es la unión mística de Dios con el alma. La metáfora cobra fuerza de alegoría a través de todo el poemilla. La hermosura de Dios une en estrecho nudo a «quien no tiene ser con el Ser que no se acaba». Nuevamente nos encontramos con un significado altísimo expresado con el significante metafórico del nudo. Lo invisible se hace visible mediante una imagen tan sencilla, pero tan expresiva.

La pintura:

«De tal suerte pudo amor, / alma, en mí te retratar, / que ningún sabio pintor / supiera con tal primor / tal imagen estampar... / Que yo sé que te hallarás / en mi pecho retratada / y tan al vivo sacada / que si te ves te holgarás / viéndote tan bien pintada...»

Cómo se ve que la Santa había posado para que hicieran su retrato. Recordamos el célebre de Fray Juan de las Miserias. Aquí, en estos versos, es Dios, el Amado, quien tiene al hombre tanto amor que lo lleva pintado en su pecho, en sus entrañas. Si el hombre quiere encontrarse a sí mismo, lo hará buscando a Dios. El poema se da la vuelta luego, y es Dios el que está pintado en el hombre. A Dios no habrá que buscarlo fuera cuando se le lleva dentro...

La imagen es asombrosa. Nos habla sencillamente de la immanencia de Dios. Y otra vez la metáfora cobra fuerza de alegoría expresiva de la búsqueda amorosa y del encuentro místico. Lo inefable, lo misterioso, se nos ofrece claro como el agua de su sencillez.

Pero donde Santa Teresa logra su máxima fuerza poética es en la antinomia del más conocido de sus poemas:

«Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero».

Es un juego conceptista, muy usado por los trovadores. Tampoco era nueva la idea. Francisco de Villalobos, físico y médico del Emperador Carlos V, había escrito:

«Venga ya la dulce muerte / con quien libertad se alcanza».

La muerte es ocasión y señal de libertad, en la concepción platónica del hombre, compuesto de alma y cuerpo. El alma, prisionera del cuerpo, romperá sus barrotes y logrará su libertad.

El comendador Escrivá dejó aquellos cuatro versos, tan antivitalistas, muy difundidos en la mentalidad medieval, tan afines al sentido de la Imitación de Cristo:

«Ven muerte tan escondida / que no te sienta venir / porque el placer de morir / no me vuelva a dar la vida».

Santa Teresa los aplica a la muerte que le abrirá las puertas de la verdadera vida uniéndola al Amado. Lo cual nos da una versión totalmente vitalista. Lo que la Santa desea es la verdadera vida, no la apariencia. Aquí es donde reside la enorme fuerza significante de esa paradoja que nos estremece.

* * *

Sí, poesía sencilla y popular la de Santa Teresa. Pero de altísimo significado, y clarísimas las imágenes, con una fuerza tremendamente expresiva. En ella, la poesía popular española ha logrado también una de sus más señeras cimas.

Rafael ALFARO

Sta. Teresa de Bernini



Meditación sobre M. C. Escher



¿Podemos pensar una antinomia? Mi intelecto, en el acaso de sus senderos tortuosos, topa con una realidad que es a la vez A y no A (el lector deseoso de evitar variables proposicionales, amigo de representarse únicamente objetos concretos, puede, por ejemplo, considerar la paradoja de Russell). Piensa A. Piensa luego, en el instante siguiente —en otro instante—, no A. Y cabe que vuelva a saltar a A, y bailará cuantos pasos le venga en gana de esta danza de impotencia: todo intento de pensar simultáneamente A y no A se resuelve en un calambre de perplejidad, en un indefinido espasmo, en una disolución, en un vago paisaje de estupor. A y no A desaparecen en un incómodo vacío, y el intelecto con ellas. Nuestra facultad intelectual, que es esencial identidad y maneja exclusivamente identidades —conceptos—, no sabe qué hacer con la antinomia.

(Y, sin embargo, podemos vivir con total plenitud la antinomia, en la antinomia.)

Parecería que fuese imposible dibujar una antinomia —una antinomia conceptual—. Representar lo irrepresentable, pensar lo que no puede pensarse, decir lo indecible. En rigor, es imposible hacerlo; Escher, poeta de la geometría, lo hace.

Después de contemplar una docena de grabados suyos la mente queda acalambrada, llena de nudos. Esos nudos podrán quizá olvidarse, pero no se conseguirá deshacerlos: porque se ha visto lo que no debía verse. El intelecto se halla ahora preso de su imposible: en un laberinto que no tiene salida, ya que no se puede haber entrado en él.

JORGE RIECHMANN



SILVERBERG: Futuro de la sociedad presente



Carlos Calderón Romero

Las coordenadas espacio-temporales se conjugan en el género de la ciencia ficción para que, moldeándonos en la incertidumbre del futuro, vislumbremos el presente del mañana. Anticipación, relato ficticio sobre el porvenir terrestre sin precisiones técnicas, que ata al autor a un pasado suyo, presente nuestro, historia real. Silverberg hace crónica histórica en «Alas nocturnas» —faro de la novelística del autor—; culturas primitivas marcan el inicio de la andadura del hombre por su tierra; días de barbarie e incultura machacan al ser que se autodestruye en multitud de guerras fratricidas, desarrollando una técnica alocada que le permite acercarse a sus satélites; esquiva etapas necesarias para, en una maduración proporcional, sentir en breve la cultura de civilizaciones mucho más avanzadas, partícipes en su universo; asimila y, con su ansia de conocimientos, escala la cumbre del saber hasta erguirse en cabeza visible de la civilización estelar; en su orgullo (arrogante y zahareño), convierte su morada en el rincón más bello y más irracional, cautivando en un gran zoológico intolerable a aquellas razas que por su debilidad no se pueden oponer; una de ellas, exasperada por la injusticia, gritará perdiéndose su voz en palabras de venganza; intenta dominar el clima, pero el caos derrumba al altivo pueblo que se convierte en objeto de la misericordia y, así, el desquite de los seres ultrajados se cierne sobre la Tierra que, temerosa, se rinde a sus pies.

Silverberg palpa la sociedad que, pavorosa tras la catástrofe, se precipita en la espera de la venganza. Condensa en esta civilización las lacras de tiempos pasados, acentuadas por el miedo y por la sofisticada tecnificación irracional. El mundo se divide en Hermandades, gremios funcionales, creaciones artificiales donde incluso se alteran

las herencias genéticas para lograr un desempeño mejor de cada actividad.

La clasificación no puede ser más espectacular, llegando, repito, a límites irracionales: sentidos superdesarrollados a los Vigías, escudriñadores del espacio en espera de la represalia prometida; cuerpos hercúleos a unos, inteligencia superior a otros, tensiones oníricas a los Soñadores; todo perfectamente diferenciado, catalogado, imposible cualquier intromisión de una Hermandad en otra; reglas de un juego que puede conducir a la muerte. Los Vigías, vigilaban. Los Dominantes regían. Los Voladores alzaban vuelo. Memorizadores, Defensores, Peregrinos, Registradores, Vendedores, Bufones, Músicos, Sonámbulos, cada uno cumplía su misión.

Se pueden extraer varias ideas de la planificación social que nos entrega Silverberg. Aunque estos hechos ocurren en un plazo muy largo, cerca de cincuenta siglos, hemos de reconocer que el futuro no depende de nuestra labor aislada ni de la gesta heroica del gran sacrificado: la humanidad se mueve por la fuerza centrífuga de sus masas, idea en relación con las fórmulas matemáticas de la psichistoria ficticia de Isaac Asimov. Esto no significa masificación, aborregamiento, inexistencia del ser. Es una exaltación del espíritu humano, del tu-yo-nosotros.

Otra idea que ronda por la cabeza del lector cuando acaba esta novela es el interrogante sobre si realmente esta sociedad tan irracional está tan lejos de nosotros, si aquella sociedad de Hermandades somática y psicológicamente diferentes no se empezó a formar desde el nacimiento del primer hombre, cuando éste pensó que ya había dejado de pertenecer al reino animal. Nosotros mismos somos un eslabón más de la historia que conduce a las Hermandades, organismos, por ende, que ya nos rodean.

Pero en el último capítulo de la obra de Silverberg la tranquilidad vuelve a la conciencia del lector apasionado. El hombre, como el Ave Fenix, resurge de sus cenizas, formando lo que llama la Hermandad de los Redentores, unión comunal de todos los seres; primero, de nuestro planeta, pero con visión cosmológica, aprovecha todas las características de las diferentes individualidades para crear un todo común y mejor. Esta unión casi somática y totalmente espiritual enlaza de una manera soslayada con el hecho teleológico expuesto por Arthur C. Clarke en su obra «El fin de la infancia».

Silverberg cae en la tentación de todo escritor de ciencia ficción de manipular su presente espacio-temporal, para que, así, la historia futura, creadora de la base irracional pretérita, se aleje un tanto de la realidad y tenga un glorioso y enternecedor final feliz.

JESUS DE LA HOZ ORTEGA

El Jazz, una atmósfera de insinuaciones

Nicolás Vargas

Kenny Drew y Niels-Henning Orsted Pedersen.

Título: Dúo.

Grabación: Steeplechase Record, 1973.

Distribución: Edigsa.

El jazz cicatriza mi dedo índice. Quiero decir que si mis manos rayan el disco —y oigo su música— no cabe en mi cabeza cómo podré cumplir con mi promesa de escribir —emborronar— una sola línea que sea crítica, o cosa parecida, sobre todo cuando mi disciplina musical es todavía menor que la brevedad de un buenos días. Parecíame que esto iba a ser una pelea, aunque ahora más se me asemeja a una batalla, a un allanamiento, a un desahucio: cuando oigo jazz, su música me manda cosas, hablo con el contrabajo, me anonado o me engrandezco, incluso visualizo al músico, pero me acude, tal vez por mi linaje ventrílocuo —musical, se entiende—, un apretamiento de manos, que presto veréis la debilidad de mi industria escrita a la hora de plasmar lo que para mí, ante todo, es deleite, devoción, reencuentro conmigo mismo, paz, relajación y, por qué no, ansiedad y éxtasis.

El entendimiento entre Kenny Drew y Niels-Henning Orsted Pedersen alcanza —mi juicio es el de un carismático admirador— tan altas cotas de compenetración, que nos recuerda el encanto que irradiaban los míticos Duke Ellington y Ray Brown, allá por los finales cuarenta: el americano Kenny (1928) y el danés Niels-Henning (1946) consiguen en este disco excepcional una calidad y una complejidad musical propias de la combinación de dos auténticos virtuosos del piano y del contrabajo, a pesar de su diferencia generacional que en ellos no es calendario, por supuesto. Kenny Drew comienza su carrera musical a los cinco años y entra en el mundo del jazz a muy temprana edad: a comienzos de los cincuenta graba con Miles Davis y Charlie Parker y, en 1961, viene a Europa para tocar en la obra teatral «The Connection», permanecien-

do, ya desde entonces, entre nosotros. A partir del 66 centra su actividad en Copenhague, teniendo ocasión de representar a Dinamarca en la Unión Europea de Radiodifusión junto con Niels-Henning, siendo esta etapa, según él mismo la define, la del reencuentro con su personalidad musical. También Niels-Henning Orsted Pedersen es un precoz de la música: toca el contrabajo a los nueve años, a los catorce es músico profesional, a sus dieciséis toca con Bud Powell en los más distinguidos Clubs de Jazz de Copenhague y, a sus dieciocho, es elegido Músico Danés del Año. Sus grandes dotes de improvisación y su absoluto dominio del contrabajo hacen de él uno de los cinco mejores bajistas del mundo y, quizás, el mejor a nivel europeo. El único —se dice— que podría comparársele es el soviético Miloslav Vitous...

Pero no retrasemos más el comentario, aunque breve, de algunos temas —para mí los más sobresalientes— del disco:

Do You Know What It Means to Miss New Orleans? es el tema más movido del disco: nos retorna a los principios del Jazz, cuando los negros bailaban en Nueva Orleans, y lo abre Niels-Henning, al tiempo que un guitarrista, llamado Ole Molin, rasca su guitarra como si de un banjo se tratara.

Dúo Trip es una evidente demostración del nivel de compene-

tración que tienen ambos músicos. Es un corte bastante *free* y, tanto Drew como Niels-Henning, se dejan arrastrar por la improvisación combinándose los solos con divertida espontaneidad. Es un tema de Kenny Drew.

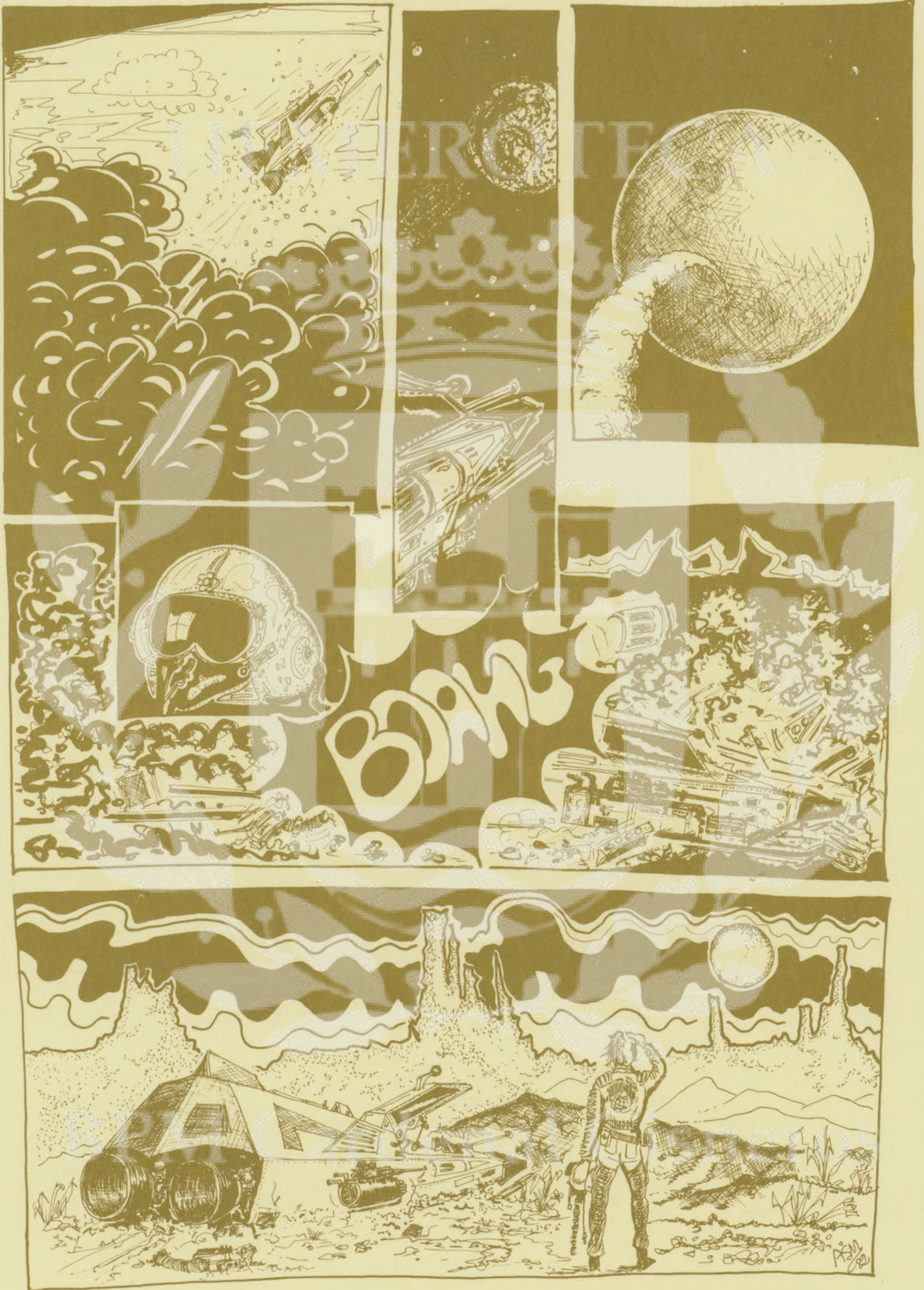
Kristine —brevísima composición de Niels de 47 segundos— da paso a Lullabye, quizás el mejor tema del disco. El primer coro se abre con el arco de N.H.O.P., que establece la melodía mientras Kenny Drew marca un bossanova tempo. En el segundo coro, el bajista abandona el arco para hacernos una muestra de su habilidad con los dedos cuando el piano acude con acordes de treceava. El siguiente coro lo ejecuta Kenny Drew utilizando escalas de blues, dando un auge inesperado al tema. Por último es Niels-Henning quien retorna al primer plano imponiendo el sonido de su contrabajo, de nuevo con arco.

Otro tema tradicional, Once A Saturday Night, nos conduce, con ritmo de vals, a un eficaz solo de Niels que, en un derroche de facultades, corre como un loco a lo largo del mástil. Manteniendo el 12/8, un Kenny Drew danzarán se dedica a responder a todas las insinuaciones que N.H.O.P. lanza desde su instrumento. Y con esto el fin.





... El aniquilador de la estirpe de los gigantes...



... se alimentó con héroes en la llanura... (Egil Skalagrimsom)

HEMEROTECA



BPM Cardinal Cisneros